

**MOI, TITUBA SORCIÈRE... NOIRE DE SALEM DE MARYSE
CONDÉ**
“RELATO DE ESCLAVA”, RECORRIDO HACIA LA HEROIZACIÓN

Resumen: Maryse Condé toma de la Historia y de la Literatura el personaje de Tituba, negra esclava bruja, y le da una voz para inventar y narrar en un “relato de esclava” (*slave narrative*) – en clave de pseudo-autobiografía-- su vida olvidada. *Moi, Tituba...* reproduce la odisea canónica del “mito del héroe”: exilio-iniciación-regreso. En su derrotero hacia la heroización, Tituba traza también el doble movimiento del “viaje del héroe”: *katábisis* o descenso a los infiernos, y *anábasis* o ascenso a la figura emblemática de heroína inmortal. Su recorrido la lleva finalmente a su Ítaca en la que muere, alcanza la apoteosis y gana la inmortalidad al ser cantada –según la cultura a la que pertenece- como modelo de liberación de una raza maldita. Nos proponemos seguir esta travesía en sus diferentes etapas.

Palabras Clave: literatura – heroización – oralidad – esclavitud -

Résumé: Maryse Condé emprunte à l'Histoire et à la Littérature le personnage de Tituba, noire esclave sorcière, et lui donne une voix pour inventer et narrer dans un “récit d'esclave” (*slave narrative*) – suivant le code d'une pseudo-autobiographie- sa vie oubliée. *Moi, Tituba...* reproduit l'odyssée canonique du “mythe du héros”: exil-initiation-retour. Dans sa marche vers l'héroïsation, Tituba dessine aussi le double mouvement du “voyage du héros”: *katabase* ou descente aux enfers, et *anabase* ou ascension à la figure emblématique d'héroïne immortelle. Son parcours la mène finalement

à son Ithaque où elle meurt, atteint l'apothéose et gagne l'immortalité en étant chantée –selon la culture à laquelle elle appartient- en tant que modèle de libération d'une race maudite. Nous nous proposons de suivre cette traversée dans ses différentes étapes.

Mots clés: littérature – héroïsation – oralité – esclavage –

**MOI, TITUBA SORCIÈRE... NOIRE DE SALEM DE MARYSE
CONDÉ**
“RELATO DE ESCLAVA”, RECORRIDO HACIA LA HEROIZACIÓN

*Al margen de la superioridad en tal o cual empresa,
lo que el mundo antiguo -y el moderno- más ha valorado de
los héroes “es el móvil ético de su acción”, fundado éste
en un principio de solidaridad y justicia social, y es por esa
esa circunstancia que los han tomado como modelo
y han tratado, en consecuencia, de emular sus acciones.*

Hugo Francisco Bauzá¹

En 1950, Arthur Miller escribe para teatro *The Crucible* (*Las brujas de Salem*), un drama en cuatro actos basado en un hecho real. La pieza nos traslada a 1692, cuando en Salem, (Massachussets, EEUU), una pequeña comunidad de puritanos obsesionados por la idea del Mal y la acción del Demonio traducida en comportamientos humanos, acusan a un grupo de jovencitas de haber pactado con el Diablo. Han sido vistas mientras bailaban desnudas en los bosques apañadas por Tituba, la negra esclava del reverendo Parris. Por el color de su piel, Tituba es Satanás mismo ; por el color de su piel es un ser inferior al que se somete a la peor abyección humana: la esclavitud. Si a esto le sumamos que se descubre también que esta negra prepara pócimas con diferentes fines, el destino cruel de Tituba está marcado sin atenuantes. Es juzgada, confiesa su “pecado”, es encarcelada, pero precisamente por haber confesado su pacto con el Maligno no es ahorcada como lo fueron otras mujeres de la pequeña comunidad de Massachussets acusadas de haber sido poseídas por Lucifer. En los anales del célebre proceso de Salem, Tituba se presenta como la “bruja” que llevó a las jóvenes a cometer actos diabólicos.

¹ *El mito del héroe - Morfología y semántica de la figura heroica (:5) Cf. Referencias.*

Es conocido el fin que Miller perseguía con este drama en plena época del mackartismo en Estados Unidos. La figura de la negra esclava es utilizada entonces en su drama, como disparadora de los verdaderos móviles del dramaturgo en cuestión. Confiesa en un reportaje que efectivamente Tituba era requerida por los habitantes de Salem para su propio beneficio ligado éste más a intereses económicos, a odios, rencores y envidias que a la purificación de un pueblo poseído por Satán.

La Historia nos informa que el mediocre reverendo Parris toma en Barbados, una pequeña isla de las Antillas Menores, a Tituba como su esclava y la lleva a Estados Unidos para servir a su familia. La Literatura -en la pieza de Millar- recrea este personaje sacado de la realidad y le da un final incierto a la negra traída de Barbados. La deja en la cárcel delirando con que Pedro Botero (el diablo de Barbados más benévolo que el Dios de Salem) viene a buscarla para llevarla volando de vuelta a su isla. No se sabe en realidad qué fue de ella. Sólo hay hipótesis. Hasta este punto llega la discriminación del discurso hegemónico de la Historia en esta parte del mundo.

En 1986, Maryse Condé, escritora guadalupeña de raza negra, escribe la novela *Moi, Tituba sorcière...* Recupera de la Historia y de la Literatura la figura de la negra esclava acusada de practicar brujería en Salem y le inventa un alma y una vida. Después del proceso de Salem, Tituba no entra en la Historia. La escuchamos reflexionar:

Deploré haber jugado en todo aquel asunto sólo un papel de comparsa rápidamente olvidada y cuya suerte no interesaba a nadie. "Tituba, una esclava de Barbados, que con seguridad practicaba el hodo". Unas pocas líneas en gruesos tratados consagrados a los acontecimientos de Massachussets. ¿Por qué iban a dejarme de lado de aquel modo? También esta pregunta me había pasado por la mente. ¿Acaso nadie se preocupa de una negra, de sus sufrimientos y

tribulaciones? ¿Por eso? Busco mi historia en la de las brujas de Salem y no la encuentro (Condé: 183)².

Maryse Condé la rescata de la muerte por olvido, forma atroz de la omisión de los seres humanos, blancos en la escritura consignados con frecuencia en el discurso hegemónico de Occidente que ignora con facilidad la historia de una “mujer de color”. No le tiene previsto un “espacio textual”. La novelista que nos ocupa da la voz a esta negra-mestiza en un “relato de esclava” (*slave narrative*) y le traza un recorrido que puede ser leído como un viaje hacia la heroización. Del barco negrero donde Tituba es concebida, fruto de una violación de un marino inglés a su madre, Abena, una princesa Ashanti, y su nacimiento en tierras de Barbados hasta su vuelta a la isla ya sentida como “*mi país*” en el corazón de la negra *marronne* (cimarrona), pasando por Estados Unidos, lugar de exilio horrendo, la odisea de la esclava protagonista de esta novela reproduce las etapas del canónico “viaje del héroe”. El esquema de este periplo reconoce tres momentos: exilio – iniciación – regreso. Dos movimientos caracterizan la travesía: en primer lugar, la *katábasis* o el descenso a los infiernos, momento destinado a la iniciación, a las pruebas, a las hazañas, a los trabajos y las fatigas de la heroína. En segundo lugar, la *anábasis* o el ascenso, la revelación después de la muerte –real o simbólica- de ser mediadora, modelo fundacional digno de ser emulado por sus pares, previa purificación.

En la novela que nos ocupa, el primer desplazamiento reconoce como escenario la ruta de la tibieza al frío, desde el Caribe hasta el Atlántico, coronada con la estadía helada en Estados Unidos, mientras que el segundo dibuja el regreso a su Ítaca. En este viaje de vuelta a Barbados, Tituba desanda el camino del frío a la calidez desde el Atlántico hasta el Caribe, reinicia su vida en su choza en el bosque como negra libre mientras prepara su previsible final: muerte y resurrección como heroína destinada a la vida eterna, esto es, al recuerdo de su comunidad y al espejo en donde reflejarse. La muerte debe ser seguida de la apoteosis y la inmortalidad para que el regulado derrotero heroico transfigure el

² Cf. Referencias.

sacrificio expiatorio de la heroína, humanizada e iniciada, en paradigma para imitar, en negra heroizada que marca un camino de liberación.

¿Cuál es el escenario del recorrido heroico de Tituba, viaje recurrente para contar historias, en el que sólo cambian las épocas y las culturas? En primer lugar, como ya lo hemos apuntado, Tituba debe su existencia a una violación durante la travesía de África hacia Barbados sobre un barco de esclavos. Madre negra, princesa ashanti ; padre blanco, marino inglés. *De aquella agresión nació yo. De aquel acto de odio y desprecio* (:15).

Por su madre, su origen no es el del común de sus pares (lo que caracteriza también a los héroes clásicos) ; por su padre es el producto del desprecio, de la cuota de miseria humana que todo héroe debe poseer. Ve la luz en Barbados. Está estigmatizada por la indiferencia y el desamor de Abena. Nace en el Caribe, sitio de cruce de lenguas, razas y culturas. Lugar de difícil delimitación geográfica: islas y continente. Sur de los Estados Unidos, Golfo de México, las Guayanas, el norte de Brasil... ¿Hay que distinguir insularidad y continentalidad? Lo que sí se puede afirmar es que desde las islas al continente existe una esfera cultural nacida de la plantación. Esta civilización surge de la conquista, del exterminio –en las islas- o de la marginación –en las costas continentales-, de las poblaciones amerindias, de la deportación masiva de africanos y de la llegada de trabajadores indios, asiáticos o del Medio Oriente, estos últimos presentes sobre todo en las islas. Esta problemática de la pertenencia se expresa de manera contundente en esta literatura.

Cuando el amo de Abena descubre que está embarazada, echa a la bella negra marcada con una cicatriz en sus pómulos - símbolo de nobleza en su tribu africana- y se la regala a Yao, noble guerrero ashanti que no soporta los deshonrosos trabajos de la plantación. Sus instintos suicidas se atenúan con la llegada de Abena y el nacimiento de la niña hasta que finalmente se da muerte cuando el amo mata a Abena delante de la hija de ésta y lo vende a otro amo para castigarlo. Puesto que Abena había sido colgada y Tituba expulsada de la plantación, a los siete años se encuentra libre. La recoge Man Yaya, una anciana nago de la costa con poderes: – *Sufrirás en la vida. Mucho. Mucho. [...] -¡Pero sobrevivirás!* (: 21) Palabras premonitorias que anuncian a la heroína

que volverá, sabia, de Estados Unidos a brindar un espejo y un camino para cambiar los horrores de la esclavitud.

En cuanto a su nombre, es Yao quien la bautiza: Tituba. Ti-Tu-Ba:

No es un nombre ashanti. Yao, al inventarlo, quería sin duda probar que era hija de su deseo y de su imaginación. Hija de su amor. [...] Yao me volvía el rostro hacia alta mar y me murmuraba al oído: - Un día, seremos libres y volaremos con las alas hacia nuestro país (: 17).

Es de notar que desde su nombre Tituba está llamada a erigirse en heroína fundacional. No es africano ni americano. Ese nombre constituye una creación en un medio nuevo marcado por el sincretismo y que, en consecuencia, necesita de héroes fundadores, colectivos. Será el cometido de Tituba al final de su recorrido hacia la heroización. Por otra parte, si para Yao "*su país*" sigue siendo África y sueña con tener alas para escapar de la esclavitud, condición de la que se liberará sólo con la muerte por mano propia, para la "*créole*" (mestiza), *con la tez apenas rojiza y los cabellos rizados* (: 19), Barbados se convertirá en "*su país*". Ya no será África, ya será el Caribe, ese espacio de vidas miserables y brutalidades mayúsculas para la gente de su raza y sin embargo, añorado, querido, digno de ser transformado en un lugar hospitalario. Para ello, deberá rebelarse contra tanta injusticia. Y entonces, Tituba presenta otra de las características de los héroes: la trasgresión motivada por la ética de construir un mundo mejor. A pesar de los límites impuestos por la sociedad, esta negra esclava es transgresora toda vez que su acción está regida por una ilusión utópica.

Sola, a los catorce años cuando muere Man Yaya, se refugia en el bosque en una choza construida por ella misma. Había aprendido la medicina de su raza transmitida por la anciana quien la *inició en un conocimiento superior* (: 22), para curar, para sanar el cuerpo y el espíritu. Esto es "brujería" para los occidentales. Asimismo, Man Yaya le transmitió la cultura de su pueblo: leyendas, plegarias, animismo, dioses, sortilegios, gestos propiciatorios, palabras para convocar a los muertos, *sus invisibles*, los tres que la

acompañarán durante toda su vida y a quienes invocará y convocará cada vez que los necesite.

¿Qué hecho produce la esclavización de Tituba, el encuentro con el reverendo Parris y su partida hacia los Estados Unidos? El amor por John Indien, un mestizo hijo de padre arawak y madre negra, esclavo de Susana Endicott con quien se va a vivir a la choza que éste tiene detrás de la casa de la ama. Así, Tituba elige ser esclava por amor a John Indien. Esta elección va a llevarla al exilio. Susanna Endicott los vende a Samuel Parris y deben partir con éste y su familia hacia Boston. La etapa de la *katábasis* que anunciáramos al comienzo culminará en los dolores extremos que padecerá Tituba en Estados Unidos. En este país hostil pasa duras pruebas, cumple tareas reservadas para la heroína en formación, se fatiga en este proceso de descenso a los infiernos, sigue su camino de iniciación con nuevos maestros, vuelve a quedarse sola, va a la cárcel hasta que finalmente la rescata del mundo de los muertos un judío portugués, Benjamín Cohen d'Azevedo, viudo con cinco hijos y cuatro muchachos para los que necesitaba una mano femenina. Salir de las tumbas significa, entre otras cosas, volver a aprender las cuestiones de la vida. Tituba, en pos de su heroicidad, debe renacer porque así lo reclama el canon del "mito del héroe". El delicado momento que sigue al cumplimiento de la hazaña, la reconversión de la *katábasis* a la *anábasis* puede arrancar. Reflexiona Tituba al prepararse para salir del mundo de los muertos e ir a la casa de quien la ha comprado a los veinticinco años con aspecto de cincuenta: *Pocos individuos tienen esta mala suerte: nacer por segunda vez. (:151).*

Por alguna razón que todavía no descifra, Tituba ve en los ojos de Benjamin el mismo sufrimiento que en los suyos. Por alguna razón que todavía no comprende, intuye que esta nueva esclavitud será diferente, más benévola. Sólo piensa siempre en Barbados. Quizá ésta sea una nueva oportunidad de volver a su isla cada vez más humillada, cada vez más llena de negros esclavos y de dolor, cada vez más marcada por la rivalidad entre los suyos –*marrons* en los bosques, por un lado, esclavos en las plantaciones, por el otro. Tierra del sufrimiento extremo, pero también terruño sentido como el único lugar donde quiere vivir porque es el suyo, porque allí está su

gente y porque si alguna gesta heroica le está asignada. Sólo en Barbados tendría sentido culminarla.

Todavía en Estado Unidos, en casa de Benjamín, figura de cojo contrahecho, Tituba encuentra paz y una familia que le permite, sin acusarla de “bruja”, ejercer sus poderes de mediadora entre los vivos y los “*invisibles*” del amo, atender enfermedades del alma y del cuerpo, ser, en definitiva, la negra curandera que “*sanaba*”, como le había inculcado Man Yaya. Sus muertos siguen apareciéndosele, a veces le advierten sobre peligros, a veces la regañan sobre decisiones tomadas, pero nunca, porque así lo indica el patrón del “mito y el viaje del héroe”, le indican qué hacer exactamente en cada caso. Ella debe actuar libremente puesto que precisamente en sus comportamientos, en sus acciones, se ve y se mide la calidad de la heroína en la que se está transformando.

Se convierte luego en la amante de su amo y llevan una verdadera vida de matrimonio armónico. Es una etapa de relativa felicidad para Tituba aunque siempre empañada por su obsesión porque Benjamín le dé la libertad para volver a Barbados. Un día, luego de un incendio provocado en la casa familiar de este judío también perseguido y discriminado por su origen, Benjamín le anuncia que la va a hacer libre para que pueda huir de ese infierno que es Estados Unidos para ellos.

De los quince capítulos que tiene la novela más un Epílogo, diez están consagrados a contar la dos primeras etapas del recorrido de Tituba, esto es, el exilio y la iniciación. Precipitadamente, los cinco últimos y el Epílogo narran el último peldaño que lleva a esta negra de regreso. En cuanto al descenso a los infiernos, ya hemos marcado que comienza en Barbados cuando Tituba por amor decide seguir a John Indien, el mestizo que la colma de males y del que se separa en Estados Unidos. Llega a su punto más profundo en la cárcel en medio de los muertos vivos y de la ignominia extrema. Allí también se produce el punto de inflexión y comienza el ascenso cuando un judío portugués la compra, la lleva a su casa y la convierte en su mujer. Tituba vive una dicha relativa. Le falta el pasaje final. Le falta volver a su tierra. Debe desandar el Atlántico, cruzar el Caribe -cual Leteo que la introduce y la saca del Averno- y desembarcar en su terruño tan maltratado, tan desgraciado. La

escuchamos reflexionar sobre el barco que la traslada del exilio a su reino:

A pesar de todo, ¿no estaba viviendo acaso la realización de un sueño que, tan a menudo, me había mantenido en vela? He aquí que retornaba a mi país natal. [...] Pero los tiempos han cambiado. Los hombres y las mujeres ya no aceptan sufrir. El Rebelde desaparece en una nube de humo. Su espíritu permanece. Los miedos se disipan. [...] (*al ser reconocida por un negro después de diez años de ausencia*) Había olvidado la facultad de recuerdo que tiene nuestro pueblo. ¡Ah no!, ¡nada se le escapa! ¡Todo se graba en su memoria! (: 167)

Empero, no se conforma sólo con estar viva. Siente la necesidad de cambiar el sabor de la vida, mas no sabe cómo lograrlo.

Llega a su país natal *totalmente apestado por el olor a lucro y a sufrimiento. Feo. Pequeño. Mezquino* (:173) y todo se precipita. Encuentra a los suyos enfrentados. Por un lado, los *marrons* escondidos en los bosques, liderados por un jefe que busca la inmortalidad y pacta con los blancos traicionando a los suyos, por otro, los esclavos siempre en las plantaciones. Todos usan el fuego como el arma privilegiada de los negros esclavos. Empiezan a armarse. Se convierte en una de las amantes del jefe *marron* de quien queda embarazada. Se aleja del mismo cuando descubre su doble juego. Se refugia en su vieja choza que no ha sido destruida. Sola nuevamente, le traen un día a un joven herido, Iphigène, de quien se enamora convirtiéndose en su madre-amante. Quizá para compensar el recuerdo amargo del hijo que mató en su exilio antes de nacer... Los explotados, los oprimidos se organizan alrededor de algún hombre heroizado para transformar su desesperación en esperanza. Será la misión de Tituba en este preámbulo de su muerte, su apoteosis y su inmortalidad. La gesta de la antigua esclava va llegando a su fin. Una conspiración liderada por ella e Iphigène es delatada por los suyos, los que han traicionado ideales y

deseos y han vendido información a los blancos. Los dos mueren. Tituba es conducida, sí esta vez, a la horca:

Yo fui la última a quien condujeron a la horca. Un hombre, vestido de imponente traje negro y rojo, recordó mis crímenes, pasados y presentes. [...] crueles y viles embustes. [...] Muy pronto llegaría al reino en el que la luz de la verdad brilla sin reservas. [...] *Man Yaya, Abena, mi madre, y Yao me esperaban para tomarme de la mano* (: 208-209).

En el Epílogo, Tituba cuenta su destino después de la muerte, su inmortalidad. El mensaje de Tituba se canta en toda la isla pues su raza no pertenece a la civilización del *Libro y del Odio*. *Los míos conservarán mi recuerdo en su corazón, sin necesidad alguna de graffas. [...] ¡sí existe la canción de Tituba! La oigo por toda la isla. [...] Pues, viva o muerta, continúo sanando y curando* (: 213-214).

El “relato de esclava” referido por Maryse Condé, según reza en uno de los epígrafes de la novela, constituye así una pseudo-autobiografía. Tituba no puede saber escribir, siendo una esclava en el siglo XVII y perteneciendo a una raza de tradiciones orales, de cuentos cantados y bailados al son del tam-tam. El “yo” narrador entonces, es una estratagema de la novelista Condé para darle la voz a los suprimidos y volverse texto leído por quienes no usan la facultad de la memoria para recordar en sus discursos a los oprimidos de siempre. Escribir la oralitura es dar vida a estos muertos por olvido.

La histórica y literaria Tituba culmina su odisea y cumple su cometido cuando toma conciencia de su gesta y confiesa:

[...] me he asignado otra tarea, en la que me ayuda Iphigène [...]. Agurrir el corazón de los hombres. Alimentarlo con sueños de libertad. De victoria. No hay rebelión que no haya alumbrado. Ni una insurrección. Ni una desobediencia (: 213).

Finalmente, el recorrido de Tituba hacia la heroización cumplió todos los ritos de pasaje, sufrió penurias extremas, superó obstáculos, transitó etapas de ascesis en las que aprendió lo que debía para terminar sacrificada, resucitar en una canción y mostrar a su pueblo una forma de liberación mediante la cual llevar a cabo una acción transformadora de la realidad. Acaso el mensaje de Tituba heroizada anuncie la llegada de otra edad menos dolorosa toda vez que sus acciones sean *emuladas*. Mañana pueden terminar las ignominias para los migrantes de ese *carrefour* que constituye el Caribe por el que deambulan lenguas, razas, textos y culturas.

Referencias

CONDÉ, Maryse (1986) *Moi, Tituba sorcière... Noire de Salem*. Paris : Mercure de France. Traducido del francés por Mauricio WACQUEZ (1999) *Yo, Tituba, la bruja negra de Salem*. Barcelona: Muchnik Editores.

BAUZÁ, Hugo Francisco (1998) *El mito del héroe – Morfología y semántica de la figura heroica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina.